

que ha ido creciendo con los años, pues si en 1957 el volumen editado en la Colección de Teatro Mexicano incluía solamente nueve obras, para 1962, al publicarlo la Universidad Veracruzana, contaba ya con catorce; y para la edición de Grijalbo, hecha en 1979, eran ya veintiséis las piezas en un acto.

Finalmente, y en lo que a teatro se refiere, debemos destacar la interesante labor realizada por él cerca del Laboratorio de Teatro Campesino de Tabasco, grupo para el que escribió las obras *Nahui Ollin*, *Ceremonia en el templo del tigre* y *Las flores del recuerdo*.

En cuanto a su obra literaria en prosa, queremos mencionar solamente su colección de cuentos agrupados en *La caja vacía* (1962), y su magnífica novela *Las visitaciones del diablo* (1965).

Emilio Carballido es egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Facultad en la cual ha sido maestro, como la ha sido también en la Universidad Veracruzana, y en la Escuela de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes; recintos, todos, en donde ha dejado siempre gratos recuerdos de su generosidad y talento.

## Nancy Cárdenas

*José Luis Ibáñez*

Una sonrisa generosa anticipaba la seguridad de su saludo cordial. ¿Podría separarse el nombre de Nancy Cárdenas de la imagen de esa sonrisa, la que en los periódicos acompañó a la noticia de su muerte?

Fue mi compañera en las clases de María del Carmen Millán, en las de Enrique Ruelas y en las de Alan Lewis. Se había inscrito en Letras Españolas. Aquel año (1954), la Ciudad Universitaria nos estaba recibiendo nuevecita.

Pronto había optado la muy joven norteña por pedir su cambio a lo que entonces se llamaba Arte Dramático: una “especialidad” de Letras Españolas que contaba sólo con media docena de alumnos. Su energía nos contagió. En un dos por tres me hizo su compañero en sus ejercicios de actuación: en un dos por tres logró que todos sus compañeros prolongáramos las horas de estudio ensayando fuera de la Facultad: en un dos por tres se ganó el cariño y la confianza de todos sus maestros. Y con ese mismo empeño, y con su típico buen modo, en otro dos por tres supo abrir el campo de acción hasta el área profesional y fue muy bienvenida en los elencos de la XEW, en las puestas en escena de Álvaro

Custodio, y en las listas de invitados a toda clase de eventos teatrales de aquel entonces.

Hacia el otoño de ese año inicial en la historia de la Cuidad Universitaria, debutó como actriz en *El Gran Dios Brown*, de O'Neill. Era un festival de Teatro Universitario, patrocinado por la Dirección de Difusión Cultural, y coordinado por Héctor Mendoza. Alan Lewis, nuestro maestro y director de aquel montaje, le había dado a Nancy uno de los papeles principales. Y estaba tan contento con ella que no tardó en llamarla para uno de los brillantes papeles femeninos de una obra de Irwin Shaw que Carlos Solórzano había seleccionado para la rama profesional del Teatro Universitario. Su carrera de actriz había empezado con buenos vientos. ¿Por qué la interrumpiría? Si dio alguna explicación, yo no la sé.

De 1970 en adelante, Nancy prefiere escribir, traducir, producir y dirigir una serie de obras en las que podríamos leer su declaración de principios. Integran una visión crítica del mundo y el tiempo en que le tocó vivir.

En 1958, Xavier Rojas la llamó para su *Viaje de un largo día hacia la noche*. Otra vez O'Neill, ya no con principiantes: ahora con el prestigio y la experiencia de Isabela Corona y de Augusto Benedico. También con un público abundante y conmovido. Y hacia fines de 1959 se fue con sus ambiciones a Yale mediante una beca de la OEA; tuvo cerca de allí un accidente en carretera, fue indemnizada, viajó a Europa; regresó a México con una ventaja económica. Tenía poco menos de treinta años y sus viajes la devolvieron a nosotros con aumentos notables de energía y unas metas menos difusas. Los célebres programas de Carlos Monsiváis en Radio Universidad fueron una de sus ocupaciones favoritas, entre las innumerables que emprendió hasta que, por sus sueños de cineasta, hizo el duro compromiso de estudiar en Polonia. Bastaron unos meses para que renunciara a la formación polaca: su cuerpo simplemente se negó a soportar el cambio de clima y de alimentación.

La década nos iba conduciendo ciegamente a la hora final de los Kennedy, a los meses de las protestas estudiantiles, al destino de los mártires de 1968, y al ciclo de nuestra inevitable madurez. ¿Alguno de nosotros no pasó por su propia crisis individual?

Me llamó por teléfono. Ya era 1969 y nos veíamos pocas veces. Me pidió que le prestara mi ejemplar del *New York Times*; anotó los datos sobre una obra (*The Effect of Gamma Rays on Marigolds*) que le llamaba la atención, y pidió los derechos para traducirla y dirigirla. Los críticos y el público le dieron la bienvenida en su nueva tarea, una entre las tantas otras que mantuvo desde su primera juventud. Con la sola excepción de *Las lágrimas de Petra von Kant*, no sé de otra obra en que haya figurado una vez más como actriz.

“No es exagerado decir que murió una personalidad de nuestra cultura”, escribió Humberto Musacchio en *Reforma*. Tampoco es exagerado decir que en nuestra Facultad Nancy fue una de sus mejores estudiantes. Y conviene subrayar que ella sí hizo su tesis y se tituló, y que los frutos de su estudio y aprendizaje están a la vista en tantos diversos textos suyos y en la integridad de sus puestas en escena.

¿Su participación en *Poesía en voz alta*? En el primer programa, sigo oyéndola como la Casilda de la escena inicial en *Peribáñez* y la Susana de Sánchez de Badajoz. Durante uno de los ensayos de esta farsa, Juan Soriano la dibujó amenazada por la lujuria de dos viejos a punto de violarla (Juan José Arreola y Carlos Fernández). También amparada por la defensa angelical de Tara Parra y la sentenciosa gravedad de Rosenda Monteros. Es un dibujo que Juan me regaló. A Nancy, mis ojos la ven allí y así todos los días. En *Asesinato en la catedral* fue una de las principales voces del Coro. En 1959 fue ayudante del director para *Las criadas*, de Genet. Como ese director fui yo, doy testimonio de cuánto nos ayudó en todo y a todos.

Antes, y vuelvo a 1955, me encontré un día dirigiendo *Tartufo*. Alan Lewis me había inducido a encargarme del reparto increíble: Nancy, como Elmira; Luis Reyes de la Maza, como Orgón; Manuel González Casanova, como Tartufo; Lilia Osorio, como Mariana; Juan García Ponce, el Excento. Meses y meses de ensayo, sólo cinco representaciones con la escenografía de ¡Fernando García Ponce! y en un subterráneo del Paseo de la Reforma. El bautizo teatral de un grupo en el que Nancy ésta vez sería la experta y nosotros los debutantes.

Entre aquella ingenuidad de nuestro *Tartufo* y de nuestro *Gran Dios Brown*, el título de la obra de Irwin Shaw que dirigió Alan Lewis en 1955 se me aparece como una horrorosa, aunque involuntaria profecía: “Enterrar a los muertos”.

Pero como el mío es un recuerdo profundamente cariñoso y no una oración fúnebre, lo escribo con mi mejor deseo de que el nombre de Nancy Cárdenas siga sonando para todos como suena en mis oídos: “con ventanas y puertas de alegría”.